

Sin embargo, es imposible que en un tiempo dado Prusia no reconozca tres cosas.

Primera: que el carácter personal de los príncipes siempre dejado fuera de cuestión, la alianza rusa no es ni puede ser un hecho sencillo y claro para un Estado de la Europa central. Estas alianzas han tenido siempre un pensamiento ulterior muy transparente. Los reinos y los pueblos tienen muchas maneras de amarse. Rusia ama á Alemania, como Inglaterra ama á Portugal y á España, como el lobo ama al cordero.

Segunda: que á pesar de todos los esfuerzos de Prusia desde hace veinticinco años, á pesar de las muchas concesiones que ha hecho en provecho de su bienestar, como la rebaja del arancel en el tabaco, el lúpulo y el vino, por paternal que haya sido su gobierno, y nosotros así lo reconocemos, la orilla izquierda del Rhin se ha conservado francesa; en tanto que la orilla derecha, natural y necesariamente alemana, se ha vuelto en poco tiempo prusiana. Recorred la orilla derecha, entrad en las posadas, en las tabernas, en las tiendas, por todas partes veréis el retrato del gran Federico y la batalla de Rosbach colgados de la pared. Recorred la orilla izquierda, visitad los mismos lugares, y por todas partes encontrareis á Napoleon y Austerlitz, protesta muda. La libertad de la prensa no existe en las posesiones prusianas, pero la libertad de poner en las paredes lo que se quiera existe allí todavía, y esto basta, como se vé, para hacer públicos los pensamientos secretos.

En tercer lugar, Prusia ha de notar que su Estado, tal como el Congreso lo ha cortado, está mal hecho. Porque en efecto, hoy qué es Prusia? Tres islas en tierra firme. Cosa rara en verdad, pero no por eso menos cierta. El Rhin, y sobre todo la falta de simpatía y de unidad, dividen en dos el gran ducado del Bajo-Rhin, que está separado de la vieja Prusia por un estrecho, por donde pasa un brazo de la confederación germánica y donde el Hannover y la Hesse electoral se juntan. Entre los dos puntos más próximos de este estrecho, Liebanau y Wilzenhs, está situado precisamente Cassel, como para cortar toda comunicación. ¡Extraña dependencia, casi absurda de expresar! El rey de Prusia no puede ir á su casa sin salir de ella.

Es evidente que esta situación no es más que provisional.

Prusia, digámoslo á ella misma, tien-

de á convertirse, y se convertirá, en un gran reino homogéneo, ligado en todas sus partes y poderoso por tierra y mar. En las presentes circunstancias, Prusia únicamente tiene puertos en el Báltico, mar cuya profundidad no llega á tener los ochocientos piés del lago de Constanza, mar que es más fácil de cerrar todavía que el Mediterráneo y que no tiene, como el Mediterráneo, la inapreciable ventaja de ser el cauce mismo de la civilización. Un pueblo encerrado en el Mediterráneo ha podido llegar á ser Roma. ¿Qué llegaría á ser un pueblo encerrado en el Báltico? Prusia necesita puertos en el Océano.

Nadie tiene el secreto del porvenir: Dios solo, con su dedo inflexible, avanza, retrocede ó borra soberanamente las líneas verdes y rojas que los hombres trazan en los mapa-mundis. Pero desde luego se puede afirmar, porque una parte es ya visible, que el trabajo divino se hace. En las horas presentes, la Providencia está volviendo á poner en orden, con su lentitud infalible y majestuosa, lo que los Congresos han descompuesto. Separando, por el glorioso advenimiento de una joven, la corona de Hannover de la corona de Inglaterra; aislando el pequeño reino del grande, prescindiendo de diversas incapacidades morales y físicas, se podría decir á la vez á todos los obcecados, la rama de Brunswick quedando alemana ó volviéndose alemana, como se indica por una extinción próxima, parece que deja entrever el medio y el objeto de esta cuestión: el Hannover para Prusia y el Rhin para Francia.

Por Rhin entendemos la orilla izquierda. Prusia tiene más orilla derecha que orilla izquierda; así que ella guardará la orilla derecha.

Para el Hannover, su incorporación á Prusia es un gran paso hácia la libertad, la dignidad y la grandeza. Para Prusia, la posesión del Hannover es, desde luego, la homogeneidad del territorio, la supresión del estrecho y del obstáculo, la unión del ducado del Rhin á la vieja Prusia; y más tarde es la absorción inevitable de Hamburgo y de Oldenburgo, es el Océano abierto, la navegación libre, la posibilidad de ser tan poderosa por la marina como por el ejército.

¿Qué es, pues, la orilla izquierda del Rhin al lado de todo esto?

La Alemania propiamente dicha tiene sus compensaciones futuras en los principados del Danubio. ¿No es evidente que el imperio otomano disminuye y

se atrofia para que Alemania se engrandezca?

XV.

El obstáculo moral es la inquietud que Francia despierta en Europa.

Francia, en efecto, para el mundo entero es el pensamiento, la inteligencia, la publicidad, el libro, la prensa, la tribuna, la palabra; es la lengua la peor de las cosas, como dice Esopo; la mejor también.

Para apreciar cuál es la influencia de Francia en la atmósfera continental y la luz y el calor que esparce, basta comparar á la Europa de hace doscientos años, es decir, la que hemos bosquejado al principio de este trabajo, con la Europa de hoy.

Si es una verdad que el progreso de las sociedades no es otra cosa, y nosotros lo creemos firmemente, que marchar por transformaciones lentas, sucesivas y pacíficas del gobierno de uno solo al gobierno de muchos, y del gobierno de muchos al gobierno de todos; si esto es una verdad, á primera vista parece evidente que la Europa, lejos de adelantar, como las nobles inteligencias suponen, ha retrocedido.

En efecto, sin hacer figurar por el momento en este cálculo las monarquías secundarias de la confederación germánica, y no teniendo en cuenta más que los Estados absolutamente independientes, se vé que en el siglo diez y siete no habia en Europa más que doce monarquías hereditarias y hoy hay diez y siete.

Existían cinco monarquías electivas y hoy no se conserva más que una, la Santa Sede.

Habia ocho Repúblicas; hoy no queda más que una, Suiza.

No obstante, es preciso añadir que Suiza, no tan solo ha sobrevivido, sino que se ha engrandecido. De trece cantones que tenia ha llegado á reunir veintidos. Digámoslo de paso—pues ya que insistimos en las causas morales, no queremos omitir las causas físicas,—todas las Repúblicas que han desaparecido estaban situadas en llanuras ó junto al mar; la sola que ha quedado estaba situada en las montañas. Las montañas conservan las Repúblicas. Desde hace cinco siglos, á pesar de los asaltos y de las ligas, hay tres Repúblicas montañosas en el antiguo continente: una en Europa, Suiza, que tiene los Alpes; otra en

Africa, Abisinia (1), que tiene las montañas de la Luna, y otra en Asia, Circasia, que tiene el Cáucaso.

Si despues de la Europa examinamos la confederación germánica, ese microcosmos de Europa, hé aquí lo que aparece: dejando á un lado Prusia y Austria, que se cuentan entre las grandes monarquías independientes, los seis principales Estados de la confederación germánica son: Baviera, Wurtemberg, Sajonia, Hannover, Hesse y Baden. De estos seis Estados, los cuatro primeros eran ducados y hoy son reinos, y los dos últimos eran, Hesse un landgraviato y Baden un margraviato, y hoy son grandes ducados.

Respecto á los Estados electivos y vitalicios del cuerpo germánico, eran numerosos y comprendían una multitud de principados eclesiásticos; todos han dejado de existir, y á su cabeza se han eclipsado para siempre los tres grandes electorados arzobispales del Rhin.

Si pasamos á los Estados populares, nos encontramos con que en Alemania habia setenta ciudades libres y no quedan más que cuatro: Francfort, Hamburgo, Lubeck y Brema.

Y nótese bien; para hacer tangible esta transformación no nos hemos colocado en las condiciones favorables para el efecto de lo que queríamos demostrar, pues si en lugar de 1630 hubiésemos elegido 1650, por ejemplo, hubiésemos podido rebajar el número de los Estados monárquicos y añadir á los Estados democráticos del siglo diez y siete la República inglesa, que ha desaparecido hoy ya como las otras.

Prosigamos.

De las cinco monarquías electivas, dos eran de primer orden, Roma y el imperio. La única que hoy queda es Roma, y se cuenta en el número de las de tercer orden.

De las ocho Repúblicas, una, Venecia, era potencia de segundo orden. La única que subsiste en nuestros días, Suiza, es, como Roma, un Estado de tercer orden.

Las cinco grandes potencias que actualmente dirigen el mundo, Francia, Prusia, Austria, Rusia é Inglaterra, son monarquías hereditarias.

Ahora bien; hecha esta confrontación sorprendente, quién ha ganado terreno? La monarquía. Quién lo ha perdido? La democracia.

(1) Los abisinios rechazan como injurioso el nombre de *abisinios* y se llaman *agasriens*, que significa *libres*.

Esto es lo que se desprende de los hechos.

Pues bien, los hechos se engañan. Los hechos no son más que apariencias. El sentimiento profundo y unánime de las naciones desmiente los hechos y dice que lo contrario es la verdad.

La monarquía ha retrocedido, la democracia ha avanzado.

Para que la parte liberal de la constitución de la vieja Europa no solo no haya perdido nada, sino, lo que es más todavía, haya ganado prodigiosamente, á pesar de la multiplicación y crecimiento de los reinos, á pesar de la caída de todos los Estados vitalicios, y en cierto modo presidenciales, de Alemania; á pesar de la desaparición de cuatro grandes monarquías electivas de cinco que eran, de siete Repúblicas de ocho que existían, y de sesenta y seis ciudades libres de setenta que se contaban, ha bastado un hecho, y es que Francia ha pasado de la monarquía pura á la monarquía popular.

Esto no es más que un paso, pero es un paso dado por Francia, y todos estos pasos dentro de breve tiempo, en seguida que los dé Francia, los dará el mundo. Esto es tan cierto, que cuando ella se precipita, el mundo se revuelve contra ella y la toma por su cuenta, encontrando más fácil combatirla que seguirla. Por lo tanto la política de Francia debe ser una política de dirección, la cual debe resumirse siempre en dos palabras: no marchar tan despacio que se obligue á la Europa á detenerse, ni tan de prisa que no pueda Europa seguir á Francia.

El cuadro que acabamos de trazar en las páginas que preceden prueba, y prueba soberanamente, que las palabras no son nada y que las ideas lo son todo. ¿A qué luchar, pues, en pró ó en contra de la palabra *República*, por ejemplo, cuando está demostrado que siete Repúblicas, cuatro Estados electivos y setenta ciudades libres ocupan menos lugar en la civilización europea que una idea de libertad sembrada por Francia indistintamente á un lado que á otro!

En efecto, los Estados perjudican ó sirven á la civilización, no por el nombre que llevan, sino por el ejemplo que dan. Un ejemplo es una proclamación.

Ahora bien, ¿cuál es el ejemplo que daban las Repúblicas que han desaparecido y el ejemplo que dá Francia?

Venecia amaba apasionadamente la igualdad. El dux no tenía más que su voto en el Senado. La policía entraba en

su casa como en la del último ciudadano, y enmascarada hojeaba en su presencia sus papeles, sin que se atreviese á pronunciar una palabra. Los parientes del dux eran sospechosos á la República por solo el hecho de ser parientes del dux. Los cardenales venecianos eran también sospechosos por ser príncipes extranjeros. Un día un senador, nombrado por el emperador conde del Sacro-Imperio, hizo esculpir en piedra, sobre el frontis de su puerta, una corona conchal encima de su blason. Al día siguiente por la mañana la corona había desaparecido. El Consejo de los Diez, durante la noche, la había hecho romper á martillazos. El senador devoró la afrenta é hizo bien. En tiempo de Francisco Foscari, cuando el rey de Dacia fué á residir en Venecia, la República le dió el rango de ciudadano; nada más. Hasta aquí todo vá de acuerdo, y la igualdad más celosa no tendría nada que oponer. Pero debajo de los ciudadanos estaban los habitantes de la ciudad. Los ciudadanos formaban la nobleza; los habitantes constituían el pueblo. Este inútil es decir que no tenía ningún derecho. Su magistrado supremo, que se llamaba el canciller de los hombres del pueblo, y que era una especie de dux plebeyo, ocupaba un rango muy inferior despues del último de los nobles. Había entre la clase baja del Estado y la alta una muralla infranqueable, y en ningún caso de la ciudadanía se llegaba al señorío. Una vez solamente, en el siglo catorce, treinta ciudadanos opulentos se arruinaron casi por salvar la República; pero esto produjo casi una revolución, y esos treinta nombres, á los ojos de los patricios puros, han sido hasta nuestros días las treinta manchas del libro de oro. El señorío declaraba que no debía al pueblo más que una cosa, el pan á poco precio. Unid á esto el carnaval de cinco meses, y Juvenal podrá exclamar: *Panem et circenses*. Hé aquí cómo comprendía Venecia la igualdad.

El derecho público francés ha abolido todo privilegio. Ha proclamado la libre accesibilidad de todas las aptitudes á todos los empleos, y esta paridad del primero como del último hombre del país ante el derecho político es la sola verdadera, la sola razonable, la única absoluta. Cualquiera que sea el azar del nacimiento, ella saca de la sombra, comprueba y consagra las superioridades naturales, y por la igualdad de las condiciones pone de manifiesto la desigualdad de las inteligencias.

En Génova como en Venecia había dos Estados; la gran República, regida por lo que se llamaba el Palacio, es decir, por el dux y la aristocracia, y la pequeña República, regida por el oficio de San Jorge. Al contrario de Venecia, muchas veces la República de abajo incomodaba, cansaba y hasta oprimía á la República de arriba. La comunidad de San Jorge se componía de todos los acreedores del Estado, que se llamaban los prestamistas. Esta comunidad era poderosa y avara y desollaba frecuentemente á la aristocracia. Además de haberse hecho con todas las gabelas y tener parte en todos los privilegios, poseía exclusivamente la Córcega, que gobernaba con rudeza. No hay nada tan agobioso como un gobierno de nobles, á no ser un gobierno de mercaderes. Por esta razón, Génova, considerada absolutamente y en ella misma, era una nación de deudores dirigida por una nación de acreedores. En Venecia las contribuciones pesaban principalmente sobre la gente del pueblo; en Génova aplastaban con frecuencia á la nobleza.—Francia, que ha proclamado la igualdad de todos ante la ley, ha proclamado también la igualdad de todos ante el impuesto. En el Tesoro público no consiente diferencias. En él deposita cada uno lo que puede, y esto prueba la bondad del principio que proclama: igualdad política ante la desigualdad de las inteligencias: igualdad ante el impuesto respecto á la desigualdad de fortunas.

En Venecia, el Estado vendía los empleos, y mediante un derecho, que se llamaba *depósito del Consejo*, los que los conseguían podían entrar en las Asambleas, sentarse y votar antes de tener la edad.—Francia ha concluido con la venalidad de los funcionarios públicos.

En Venecia reinaba el silencio.—En Francia la palabra gobierna.

En Génova, la justicia estaba administrada por una rota, compuesta siempre de cinco doctores extranjeros. En Lucca, la rota se componía de tres doctores, el primero era podestá, el segundo juez civil y el tercero juez criminal, y no tan solo debían ser extranjeros, sino que era preciso que hubiesen nacido á más de cincuenta millas de Lucca.—Francia ha establecido de derecho y de hecho que la única justicia es la justicia del país.

En Génova, el dux tenía á su servicio quinientos alemanes; en Venecia, la República estaba defendida en tierra fir-

me por un ejército extranjero, mandado siempre por un general extranjero; en Ragusa, las leyes estaban colocadas bajo la protección de cien húngaros, dirigidos por un capitán, los cuales prestaban sus servicios en las ejecuciones; en Lucca, el señorío estaba protegido en su palacio por cien soldados extranjeros, que, como los jueces, no podían ser nacidos en cincuenta millas á la redonda.—Francia coloca el príncipe, el gobierno y el derecho público bajo la protección de los guardias nacionales. Las antiguas Repúblicas parecían desconfiar de sí mismas. Francia se fia de Francia.

En Lucca había una Inquisición para la vida privada, que se titulaba *Consejo de los discolos*. Por medio de una denuncia arrojada en el buzón del Consejo, todo ciudadano podía ser declarado discolo, es decir, hombre de mala conducta, y desterrado por tres años, bajo pena de muerte en caso de romper el destierro. De aquí nacían un sinnúmero de abusos.—Francia ha abolido todo ostracismo. La Francia incomunica la vida privada.

En Holanda, la excepción lo regia todo. Los Estados votaban por provincias y no por cabezas. Cada provincia tenía sus leyes especiales: feudales en West-Frise, vecinales en Groningue y populares en las Ommelandes. En la provincia de Holanda, solo diez y ocho ciudades (1) tenían derecho de ser consultadas para los negocios generales y ordinarios de la República; otras siete (2) podían ser admitidas á dar su opinión, pero únicamente cuando se trataba de la paz ó de la guerra ó de la recepción de un nuevo príncipe. Exceptuadas estas veinticinco ciudades, ninguna de las demás era consultada, unas porque pertenecían á señores particulares y otras porque no eran villas cerradas. Tres ciudades imperiales acuñaban moneda y gobernaban Ower-Issel, cada una con una prerrogativa diferente: Deventer era la primera, Campen la segunda y Zwol la tercera. Las ciudades y las aldeas del ducado de Brabante obedecían á los Estados generales, sin tener el derecho de estar representados en ellos.—En Francia la ley es una para todas las ciudades como para todos los ciudadanos.

(1) Dordrecht, Harlem, Delft, Leyde, Amsterdam, Goude, Rotterdam, Gorcum, Schiedam, Schoonhewe, Briel, Almar, Hoorne, Inchuisem, Edam, Monickendam, Medemblyck y Purmeseynde.

(2) Woordem, Oudewater, Ghertruydenberg, Heusden, Naerden, Weesp y Muiden.

Ginebra era protestante, pero Ginebra era intolerante. El chisporroteo siniestro de las hogueras marchaba al compás de la voz pendenciera de sus doctores. El haz de leña de Calvino se encendía también, y ardía tan claro en Ginebra como el de Torquemada en Madrid.—Francia profesa, afirma y practica la libertad de conciencia.

Quién lo creería! Suiza, en la apariencia popular y campesina, era un país de privilegio, de gerarquía y de desigualdad. La República estaba dividida en tres regiones. La primera región comprendía los trece cantones y tenía la soberanía. La segunda región se componía del abad y la ciudad de Saint-Gall, los Grisones, los Valaisans, Richterschwyl, Biel y Mulhausen. La tercera región englobaba bajo una sujeción pasiva los países conquistados, sometidos ó comprados. Estos países eran gobernados de la manera más desigual y más singular. Así, Bade en Argovia, adquirida en 1415, y la Turgovia, adquirida en 1460, pertenecían á los ocho primeros cantones. Los siete primeros cantones gobernaban exclusivamente las Provincias Libres reténidas en 1415 y Sargans vendido á Suiza en 1483 por el conde Jorge de Werdenberg. Los tres primeros cantones eran señores feudales de Bilitona y de Bellinzona. Ragatz, Lugano, Locarno, Mendrisio, el Val-Maggia, dados á la Confederación en 1513 por Francisco Sforza, duque de Milán, obedecían á todos los cantones, excepto Appenzell.—Francia no admite gerarquía entre las diversas partes de su territorio. La Alsacia es igual á la Turena, el Delfinado es tan libre como el Maine, el Franco-Condado tan soberano como la Bretaña y Córcega tan francesa como la isla de Francia.

Con el exámen comparativo que acabamos de bosquejar, basta para probar que las antiguas Repúblicas expresaban generalidades locales, y Francia expresa ideas generales.

Las antiguas Repúblicas representaban intereses. Francia representa derechos.

Las antiguas Repúblicas, formadas al azar, eran el fruto de una historia cualquiera basada en el pasado y en el territorio. Francia modifica y corrige el árbol, y sobre un pasado que ella soporta ingerta un porvenir que ella escoge.

La desigualdad entre los individuos, las ciudades y las provincias; la Inquisición investigando la conciencia; la Inquisición escudriñando la vida privada; la

excepción en las contribuciones; la venalidad de los que desempeñan ciertos cargos, la división por castas, el silencio impuesto al pensamiento, la desconfianza hecha ley del Estado, una justicia ejercida por extranjeros en la capital, un ejército extranjero esparcido por el país; hé aquí lo que admitían, según las necesidades de su política ó de sus intereses, las antiguas Repúblicas.—La nación una, el derecho igual, la conciencia inviolable, el pensamiento rey, el privilegio abolido, la contribución consentida, la justicia nacional y el ejército nacional; hé aquí lo que proclama Francia.

Las antiguas Repúblicas eran siempre el resultado de un caso dado, con frecuencia único, de una coincidencia de fenómenos, de un arreglo fortuito de elementos encontrados, de un accidente, jamás de un sistema. Francia cree á la par que existe; discute su Constitución y la critica, y la aprueba artículo por artículo; fija los dogmas y organiza el Estado; tiene una fé, el mejoramiento; un culto, la libertad; un evangelio, la verdad en todo. Las Repúblicas que han desaparecido vivían estrecha y sóbriamente en su mezquino gobierno político, pensaban en sí y nada más que en sí; no proclamaban nada, no enseñaban nada; no reprimían ni afeaban ningún despotismo por la vecindad de su libertad; no tenían, en fin, nada que pudiese ir de ellas á las otras naciones. Francia estimula para el pueblo y para todos los pueblos, para el hombre y para todos los hombres, para la conciencia y para todas las conciencias. Tiene lo que salva las naciones, la unidad; y no tiene lo que las pierde, el egoísmo. Para ella, conquistar provincias es bueno; conquistar espíritus es mejor. Las Repúblicas del pasado, almenadas en su rincón, hacían algo, pero limitado y especial; su forma, insistamos en este punto, era inaplicable á los demás Estados; su pensamiento político no se extendía más allá de sus fronteras. Aquí construía un señorío, allí un municipio, acá un concejo, allá una tienda. Francia construye la sociedad humana.

Las antiguas Repúblicas se han eclipsado. El mundo apenas se ha apercibido de ello. El día en que se apagase la luz que despide Francia, el crepúsculo se extendería por la tierra.

A pesar de esto estamos muy lejos de decir que las antiguas Repúblicas fueron inútiles al progreso de Europa; lo que sí es cierto es que Francia es necesaria,

Para resumirlo todo en una palabra: de las antiguas Repúblicas salieron los hechos; de Francia salen los principios.

Allí estaba el beneficio; allí estaba también el peligro.

De la misma misión que Francia se ha dado, y que, á nuestro parecer, ha recibido de lo alto, resulta más de un peligro, sobre todo más de una alarma.

La extremada latitud de los principios franceses incita á que los demás pueblos quieran ensayarlos. A ninguna nación se le ocurría pensar en ser Venecia, pero á todas les halagaría ser Francia. De aquí el temor de los reyes á acometer ciertas empresas.

Francia habla alto, y siempre y á todos. De aquí ese gran ruido que hace vigilar á unos y esa gran conmoción que hace temblar á otros.

Con frecuencia, lo que es promesa á los pueblos parece amenaza á los príncipes.

Con frecuencia también quien proclama declama.

Francia propone muchos problemas á la meditación de los pensadores. Pero lo que hace meditar á los pensadores hace también soñar á los insensatos.

Entre estos problemas, hay algunos que las inteligencias poderosas y de verdadero talento resuelven por el buen sentido; hay otros que las cabezas superficiales resuelven por el sofisma, y hay otros que los espíritus feroces resuelven por el motín, la asechanza y el asesinato.

Y hé aquí el inconveniente de las teorías; se empieza por negar el privilegio, en lo cual se tiene razón; se sigue por negar la herencia, en lo cual se tiene razón, pero á medias; se avanza hasta negar la propiedad, en lo cual no se tiene ninguna razón; se atreven á negar la familia, lo cual es absurdo, y se llega hasta negar el corazón humano, lo cual es monstruoso. Negando el privilegio se comete el desacuerdo de no distinguir desde luego entre el privilegio instituido en interés del individuo, el cual es malo, y el privilegio instituido en interés de la sociedad, el cual es bueno. El espíritu del hombre, conducido por esa cosa ciega que se llama lógica, camina fácilmente de lo general á lo absoluto y de lo absoluto á lo abstracto. Ahora bien; en política, lo abstracto se convierte fácilmente en feroz. De abstracción en abstracción se llega á Neron ó á Marat. En el medio siglo que acaba de transcurrir, Francia —porque nosotros no queremos atenuar

nada—ha seguido esta pendiente; pero ha acabado por remontarse á lo verdadero. En 89 soñó un paraíso; en 93 realizó un infierno; en 1800 fundó una dictadura; en 1815 una restauración; en 1830 un Estado libre. Este Estado libre lo ha formado por medio de la elección y de la herencia; ha devorado todas las locuras antes de llegar á la moderación; ha sufrido todas las revoluciones antes de llegar á la libertad. Pero á su moderación de hoy se reprocha sus locuras de ayer; á su libertad le reprochan sus revoluciones.

Permitásenos aquí una digresión, que por otra parte viene indirectamente á probar lo que decimos. Todo lo que se reprocha á Francia, todo lo que Francia ha hecho, Inglaterra lo ha hecho antes. Solo que—¿es por este motivo por lo que no se le reprocha nada á ésta?—los principios que han surgido de la revolución inglesa han sido menos fecundos que los que se han desprendido de la Revolución francesa. La una, egoísta como todas esas otras Repúblicas que han muerto, no ha trabajado más que para el pueblo inglés; la otra, ya lo hemos manifestado otra vez, ha trabajado para la humanidad entera.

Por lo demás, el paralelo es favorable á Francia. Los degüellos de Connaught exceden á los del 93. La revolución inglesa fué más poderosa para el mal que la nuestra y menos poderosa para el bien; mató un rey más grande que el hombre que produjo. Se admira á Carlos I y solo se puede compadecer á Luis XVI. En cuanto á Cromwell, el entusiasmo vaciló ante ese gran hombre deforme. Lo que tiene de Scarron perjudica lo que tiene de Richelieu; lo que tiene de Robespierre perjudica lo que tiene de Napoleón.

Se podría decir que la revolución británica fué circunscrita en su alcance y en su resplandor por el mar, como la misma Inglaterra. El mar aísla las ideas y los acontecimientos como los pueblos. Del protectorado de 1657 al imperio de 1811 existe la proporción que hay de una isla á un continente.

A pesar de lo patentes que fueron en mitad del siglo diez y siete estas aventuras de una poderosa nación, los contemporáneos apenas creen en ellas. En ese extraño tumulto no se dibujaba nada con exactitud. Los pueblos de aquende el estrecho entreveían las grandes y fatales figuras de la revolución inglesa á través de la espuma que producían las olas al estrellarse en las rocas y por en-

tre las brumas del Océano. La sombría y borrascosa tragedia en que brillaban la espada de Cromwell y el hacha de Hewlet, se representaba á los ojos de los reyes del continente detrás de la eternal cortina de tempestades que la naturaleza despliega entre Inglaterra y Europa. A esta distancia y con semejante niebla no eran hombres los que trabajaban, eran sombras.

Hay una cosa digna de mencion y de insistencia. En el espacio de medio siglo dos cabezas reales han caído en Inglaterra, una al golpe de una cuchilla real y la otra en un cadalso popular, sin que las testas coronadas de Europa se conmoviesen, ni les inspirase otro sentimiento que el de la piedad. Y no obstante, cuando la cabeza de Luis XVI cayó en París, el espectáculo pareció completamente nuevo y el atentado se tuvo por inaudito. El golpe dado por la mano vil de Marat y de Couthon aterrorizó más pronto á los reyes que los dos golpes dados por el brazo soberano de Isabel y por el brazo formidable de Cromwell. Se podría decir de una manera exacta que para el mundo, lo que no ha tenido lugar en Francia no ha sucedido todavía.

1587 y 1649, dos fechas, por cierto lúgubres hasta lo sumo, desaparecen ante el resplandor horrible que despiden esas cuatro cifras siniestras: 1793.

En cuanto á Inglaterra, el *penitus toto divisos orbe Britannos* ha sido por largo tiempo un hecho. Hasta cierto punto hoy todavía lo es. Inglaterra está más lejos del continente de lo que ella se cree. El rey Canuto el Grande, que vivió en el siglo undécimo, á los ojos de Europa aparece en las profundidades de la historia tan lejos como Carlo-Magno. Lo mismo sucede con los caballeros de la Tabla Redonda, que retroceden entre las nieblas de la Edad Media á la época de los paladines. La fama de Shakespeare ha tardado ciento cuarenta años en atravesar el estrecho. En nuestros días, cuatrocientos pilluelos de París, reunidos silenciosamente como las moscas de Octubre en los ángulos negros de la vieja Puerta de San Martín, pateando el suelo por espacio de tres tardes, turban más profundamente la paz de Europa que todo el alboroto salvaje de las elecciones inglesas.

Hay en el miedo que Francia inspira á los príncipes europeos un efecto de óptica y un efecto de acústica, doble exageración de la cual es preciso desconfiar. Los reyes no ven á Francia tal como

es. Inglaterra hace daño. Francia hace ruido.

Las diversas objeciones que se oponen en Europa, con especialidad desde 1830, al espíritu francés, deben, á nuestro modo de ver, ser abordadas de frente, y por nuestra parte no retrocederemos ante ninguna. En el siglo diez y nueve, lo proclamamos con alegría y con orgullo, el objeto principal de las miras de Francia es el pueblo, es la elevación gradual de las inteligencias, es la dulcificación progresiva de la suerte de las clases numerosas y afligidas, es el presente mejorado por la educación de los hombres, es el porvenir asegurado por la educación de los niños. Hé aquí, en verdad, una misión santa é ilustre. No disimulamos, sin embargo, que en estos momentos una parte del pueblo, positivamente el menos digno y quizás el que menos sufre, parece agitado por los instintos; la envidia y los celos se despiertan en él; el perezoso de abajo mira con furor al ocioso de arriba, al cual se le parece, y colocada entre estos dos extremos, que se tocan más de lo que ellos creen, la verdadera sociedad, la gran sociedad que produce y que piensa, parece amenazada en el conflicto. Un trabajo subterráneo de odio y de cólera se lleva á cabo en la sombra, y prueba de ello es que de cuando en cuando se descubren graves síntomas, por lo que no negamos que los hombres sábios, hoy tan afectuosamente dedicados á las clases necesitadas, dejen de tener razón al mezclar cierta especie de desconfianza en la simpatía que les inspiran. Nosotros creemos que estamos en el caso de vigilar y no de espantarnos. Y téngase presente que en todos esos hechos de que Europa se espanta y que declara inauditos, no hay nada de nuevo. Inglaterra ha tenido antes que nosotros revolucionarios, y Alemania, permítanos que lo digamos, ha tenido comunistas antes que nosotros. Inglaterra decapitó la monarquía antes que Francia, y antes que Francia, Bohemia negó la sociedad. Los Hussitas, ignoro si nuestros sectarios contemporáneos lo saben, practicaron desde el siglo quince todas sus teorías. En una de las dos banderas que enarbolaron escribieron: *¡Venganza del pequeño contra el grande!* y atacaban así el orden social momentáneo, y en la otra estamparon: *¡Reducir á cinco todas las ciudades de la tierra!* y así atacaban el orden social eterno. Se vé, pues, que por la idea eran tan "avanzados," como se llama hoy á los comunistas, y por la acción

hé aquí cómo estaban organizados:— Habían arrojado un rey, Segismundo, de su capital, Praga; eran dueños de un reino, la Bohemia; tenían un general, hombre de génio, Ziska; se habían movido de un Concilio, el de Basilea en 1431, y de ocho Dietas, la de Brinn, la de Viena, la de Presburgo, las dos de Francfort y las tres de Nuremberg; habían celebrado ellos mismos una Dieta en Czaslau y depuesto solemnemente un rey y creado una regencia; habían afrontado dos cruzadas provocadas contra ellos por Martino V; espantaron á la Europa, hasta el punto de que se estableció contra ellos un Consejo permanente en Nuremberg, una milicia perpétua mandada por el elector de Brandeburgo, una paz general que permitía á la Alemania reunir todas sus fuerzas para su exterminio y un impuesto universal, el *dinero comun*, que pagaba lo mismo el príncipe soberano que el campesino. El terror de su llegada hizo que se transportasen la corona de Carlo-Magno y las joyas del imperio de Carlstein á Buda y de Buda á Nuremberg. Ellos devastaron horriblemente, teniendo delante la Alemania armada y despavorida, ocho provincias: la Misnia, la Franconia, la Baviera, la Lusacia, la Sajonia, el Austria, el Brandeburgo y Prusia; batieron á los mejores capitanes de Europa, al emperador Segismundo, al duque Coribut Jagellon, al cardenal Julien, al elector de Brandeburgo y al legado del Papa. Delante de Praga, Teutschbroda, Saatz, Aussig, Riesenbergo, Mies y Taus, exterminaron ocho veces el ejército del Sacro-Imperio, y en estos ocho ejércitos había uno de cien mil hombres, mandado por el emperador Segismundo; otro de ciento veinte mil, capitaneado por el cardenal Julien, y otro de doscientos mil, dirigido por los electores de Tréveris, Sajonia y Brandeburgo. Solo este último, teniendo en consideración las fuerzas militares del siglo quince, representaría hoy un efectivo de un millon doscientos mil soldados. ¿Y cuánto tiempo duró esta guerra, hecha por una secta á la Europa y al género humano? Diez y seis años. Desde 1420 á 1436. Sin disputa alguna esta secta fué salvaje y gigantesco enemigo. Ahora bien; la civilización del siglo quince, por ser aquella la barbarie y ser ésta la civilización, fué bastante fuerte para dominarla, apagarla y sofocarla. ¿Y se cree que la civilización del siglo diez y nueve debe temblar ante una docena de holgazanes ébrios,

que deletrean un libelo en una taberna? Algunos desgraciados, mezclados con algunos miserables; hé aquí los Hussitas del siglo diez y nueve. Contra una secta semejante, contra un peligro de esta naturaleza, bastan dos cosas: luz en las inteligencias y cuatro soldados y un cabo en la calle.

Tranquileémonos, pues, y tranquilicémos al continente.

Exceptuadas Rusia é Inglaterra, y ya hemos dicho por qué, en Europa son conocidas, sin contar los Estados pequeños, dos clases de monarquías, las antiguas y las nuevas. Dejando aparte las restricciones de detalle, vemos que las antiguas decaen y las nuevas se engrandecen. Las antiguas son: España, Portugal, Suecia, Dinamarca, Roma, Nápoles y Turquía. A la cabeza de estas viejas monarquías está el Austria, gran potencia alemana. Las nuevas son: Bélgica, Holanda, Sajonia, Baviera, Wurtemberg, Cerdeña y Grecia. A la cabeza de estos reinos jóvenes está Prusia, otra gran potencia alemana. Una sola monarquía en este grupo de Estados goza de un magnífico privilegio, pues es á la vez vieja y joven, y tiene tanto pasado como Austria y tanto porvenir como Prusia, y es Francia.

¿Esto no indica claramente el papel necesario que desempeña Francia? Francia es el punto de intersección de lo que ha sido y de lo que será, el lazo comun de los viejos reinos y las naciones jóvenes, el pueblo que recuerda y el pueblo que espera. El rio de los siglos puede seguir su curso; el paso para la humanidad está asegurado; Francia es el puente granítico que llevará las generaciones de una orilla á otra.

¿Quién se atrevería á echar abajo ese puente providencial? ¿Quién se atrevería á destruir ó desmembrar la Francia? No conseguirlo sería confesarse loco. Lograrlo sería hacerse parricida.

Lo que inquieta de un modo raro á los reyes es que Francia, por ese poder de dilatación que es propio á todos los principios generosos, tiende á esparcir por fuera su libertad.

Aquí hay necesidad de entenderse.

La libertad es necesaria al hombre. Podría decirse que la libertad es el aire respirable del alma humana. Bajo cualquiera forma que se le presente, le es indispensable. Verdad es que todos los pueblos europeos no son completamente libres, pero todos lo son en algún sentido. Aquí es libre la ciudad; allá lo es el